La ciudad

Julieta Mendiburu

Capítulo 1

La ciudad es, era y será.

Ha estado allí desde antes de que alguien pueda recordar, o lo que los registros muestran.

La ciudad había sobrevivido a los estragos de épocas incalculables y tormentas meteorológicas de las que nadie podía recordar.

Y de todos sus extraños habitantes, ninguno era más extraño o más solitario que el marchito anciano que vivía en la colina más alta de la ciudad.

Él había vivido allí, en una vieja casa crujiente con un porche roto y ventanas rotas, por más tiempo de lo que cualquiera pudiera recordar.

Nadie sabía cuántos años tenía o incluso de dónde venía. Si él había nacido allí, o vivido en otro lugar una vez, nadie podría decir.

De hecho, poco se sabía de él más allá del hecho peculiar de que siempre pagaba sus suministros utilizando monedas de oro de monedas muy antiguas.

Pero independientemente de los residentes, la ciudad siempre sería la misma.

Las mismas viejas y decrépitas casas se encontraban donde siempre habían estado, inclinándose a ambos lados del frío y turbio río que transportaba el limo del mar hacia las costas donde los niños pequeños jugaban ocasionalmente antes de ser llamados por sus madres.

Los mismos robles antiguos, vigilando silenciosamente la ciudad a través de los años.

El mismo río, serpenteando sin fin a través de la silenciosa city que cruje.

Sí, "la ciudad"... seguía siendo la misma, sin importar cuánto tiempo pasara.

Incluso cuando una gran tormenta pasó, desgarrando el bosque, la ciudad

se mantuvo indemne en la turbulencia.

Incluso ese mes llovió casi todos los días, y el río se hinchó y se desbordó en las orillas, la ciudad continuó.

Y en el fatídico día, cuando el río arrojó a la orilla ese antiguo talismán junto a la iglesia, y un niño lo llevó al predicador, quien lo llevó a su casa e hizo un altar secreto para adorarlo, la ciudad mantuvo ir, ignorando esos eventos con ese estoicismo silencioso que siempre tuvo.

Y meses más tarde, en la oscuridad de la noche, hubo un fuerte crujido. Una grieta aguda que colgaba en el aire de forma antinaturalmente larga.

Fue seguido por crujidos y crujidos cuando, desde el inframundo ardiente, grandes monstruos alados emergieron de la corteza y, extendiendo enormes alas correosas y reticuladas, tomaron vuelo por el aire.

Sus formas macizas, redondas y gelatinosas se elevaron pesadamente en el aire cuando las alas veteadas golpearon fuertemente contra el aire, haciendo que las corrientes de aire crujieran a través de la hierba, y ráfagas de aire caliente y fétido surgieron de los hocicos de cerdo de las criaturas profanas y sobrenaturales.

Ojos brillantes llenaron el cielo en incontables números mientras las cosas demoníacas salían volando en un movimiento único y unificado, dirigiéndose hacia la ciudad que nunca cambia.

En la oscuridad de la noche, donde el único ruido es el de las puertas crujientes que soplan al viento, la ciudad duerme oscuramente, sus peculiares residentes dormitan irregularmente, atormentados por pesadillas de cosas oscuras, aladas y sin nombre que bajan del cielo y suben desde la tierra para consumir la ciudad con llamas y muerte.

De repente, todos se despiertan cuando un grito parte el aire, seguido de un crujido repugnante. La ciudad se ve repentinamente inundada de movimiento y vigilia mientras la gente sale de sus casas para descubrir la causa.

Lo que vieron enfrió sus propias almas, ya que presenciaron cómo el predicador de la ciudad era destrozado y devorado por esas cosas oscuras y diabólicas de sus sueños.

Como el último cuarto fue sofocado por los monstruos con hocicos, giraron esos ojos con borde rojo sobre los desventurados residentes, ahora congelados por el miedo.

Con un gruñido, un ruido sordo, los espantosos monstruos cargaron en masa y agarraron a cada uno de los miembros de la aldea antes de volar

en la noche y regresar a esa grieta infernal desde donde aparecieron por primera vez.

Un par de manos gigantescas se alzaron desde abajo y cerraron la grieta detrás de ellos, sin dejar rastro al mundo de que alguna vez existió.

De vuelta en el pueblo, las cosas eran muy parecidas. Las puertas crujen inquietantemente en el viento, y el río fluye silenciosamente.

La ciudad dormitaba silenciosamente como siempre, y para el ojo casual, no había nada extraño.

Alguien que pasara por allí no pensaría en el silencio que ahora flotaba en el aire como una manta gruesa y pesada.

Los únicos sonidos eran el crujido de maderas antiguas, el fluir del río y el constante balanceo de la silla del anciano, sentado en el dilapidado porche mientras mantenía una solitaria vigilia sobre su mundo.

Y la ciudad era, es y será, para siempre.